



HISTORIAS DESDE LA LUZ

RITA GARCÍA IMPERIAL



MURCIA
2020

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Historias desde la luz”
© Rita García Imperial, 2020
© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2020
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-949731-9-2
Depósito legal: MU 337-2020

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	
1 África	7
2 El abuelo	10
3 El azar	12
4 El hombre equis	16
5 El viejo y el lago	19
6 El violinista y las flores de Hungría	21
7 Elige tu destino	23
8 La Casa de la Misericordia	29
9 La chica del descapotable	31
10 La vida en el filo	35
11 Los pájaros y el zapatero	50
12 Amigos	53
13 Aquellos maravillosos años	56
14 Christian de la Fé	59
15 Club 88	64
16 Cristales de heroína	70
17 Desesperación	76
18 Distancia	78
19 El amor	81
20 El boom de los móviles	84
21 El mundo es sus manos	91
22 El teléfono de la esperanza	98

23	El vocero	108
24	Enredados	112
25	Eternidad	118
26	Florinda	120
27	Gorriones sentimentales	125
28	Guerrilleros	128
29	Hacer el amor con una mujer	132
30	Huellas	137
31	La belleza y la bestialidad	140
32	La montaña sagrada	144
33	La música está en el aire	148
34	La vida en un drama	151
35	Las teclas	155
36	Los amantes	157
37	Magia negra	159
38	Mar adentro	162
39	Miau	164
40	Oxígeno	165
41	Penélope	173
42	Pensamientos	175
43	Pequeñeces	177
44	Pies de piedra	180
45	Rastros de un amor	183
46	Sentir su calor	186
47	Sin semáforos	188
48	Sueños de caminante	190
49	Sueños	194
50	Todos iguales, todos diferentes	196
51	Un Quijote del siglo XXI	199
52	¡Vamonos al campo!	206

ÁFRICA

África es el continente de la abundancia y de la Apobreza. Sus tierras ya están rotuladas por la Naturaleza y las tribus aborígenes. Así pues, la intervención de la raza blanca en sus campos los envenena. Hay que dejar parir a la tierra sola, o quizá, con ayuda de su hermano. Nada más.

Mientras una bandada de grullas está pescando en uno de los extensos lagos del territorio, llega un grupo de turistas de safari. Hubo fotos y mimos. Nada más.

Los animales de aquella zona habían tenido suerte. Sus vidas estaban protegidas por el Estado, pues era una reserva natural del país. Repentinamente sonó un estruendo que se oyó en todo el contorno del horizonte. Era más fuerte que una estampida, más violenta que una carga de caballería.

Se trataba de la voladura de una montaña cercana. Los obreros la habían horadado introduciendo dinamita en los boquetes de la roca para asegurarse el éxito completo. Y efectivamente, la montaña de diamantes se derrumbó casi por completo.

Entonces apareció la mano del hombre para cribar los diamantes que habían quedado esparcidos por el suelo. Todos fueron recogidos. Al final sólo quedó un hueco más inundado de polvo y ceniza en el desierto de África.

Otra vez las grullas se aparearían, anidarían, se alimentarían y cerrarían su ciclo vital en tierras africanas. Así era todo y lo seguiría siendo durante mucho tiempo hasta que existiese mundo y habitantes que lo hicieran posible.

Además, se seguían cometiendo atrocidades con la geología de zonas diamantíferas, rica en fósiles de distintas épocas. Bien es cierto que cuando destruían el planeta, no sólo manifestaban su incompetencia en convivir con otras formas de vida sino que se degradaban ellos mismos y a su especie.

Los gobernantes preferían actuar movidos por el dinero y la especulación. No veían más allá de sus propias narices. No se podía hacer nada. Sólo una revolución a gran escala.

Y ésta llegó en forma de ONG's como Greenpeace, o "Salvemos la Tierra", entre otras. El Gobierno puso coto a los desmanes geológicos durante algún tiempo. Sin embargo, los efectos fueron demasiado "blandos".

Era escandaloso ver cómo vivían los africanos del centro de un país cualquiera como Kenia y los de la periferia. Mientras los primeros estaban nadando en la opulencia, los segundos se morían en la miseria. Estos eran los contrastes de África.

Las tierras cultivables de las zonas de la umbría del sur y centro estaban en manos de los terratenientes, quienes arrendaban los terrenos a los campesinos cobrando altísimos intereses, de tal manera que el campesino no podía salir nunca de su miseria.

Así, este sistema fomentaba la huida masiva de los campesinos al norte de la ciudad, industrializado en donde podían vivir y ahorrar.

No obstante, los paisajes soberbios de sus aldeas o pueblos natales les atraían al tiempo que los empequeñecían. Era la selva.

En la memoria de África el sol reflejaba en la arena figuras simulando animales fantásticos y el viejo Chamán estaba interpretando con su magia cosas inexplicables para que África volviera a ser África.

EL ABUELO

A medida que se entristecía palidecía aún más su Amuñón de guerra. El abuelo recordaba todavía cómo pisó una granada en territorio africano. Fueron dos guerras las que soportaron sus espaldas. Siempre les contaba a los nietos con amor las hazañas e idilios que arrebataron sus pensamientos.

Guardia de Asalto, antes de la Guerra Civil Española, y hombre de múltiples oficios después de ella. Unas veces, molinero, otras, agricultor, o ganadero, siempre arrastrando la pierna mutilada.

Recordaba que un día consultó a la abuela comprar unas tierras y bestias para ganarse la vida dignamente, ser autosuficientes y no trabajar más bajo el yunque de ningún jefecillo al tercio. Había el dinero justo para la empresa. Así se hizo.

Pronto los hijos dejaron de pasar necesidades. Comían. Trabajaban por cuenta de empresa propia, ganando sus propios beneficios. Se les veían felices. Había paz y tranquilidad en la familia.

Cuando esto ocurría el muñón del abuelo se sonrosaba. Ahora estaba palidecido porque la abuela había muerto hacía algún tiempo, además, los hijos estaban casados.

Él se hallaba solo en la gran casona, ahora acompañado de los recuerdos y de su infancia, que una y otra vez volvían a jugar con él a la diana. Pocas

veces daban en el blanco de la memoria. Los hijos no lo descuidaban un momento. Deseaban que sus últimos momentos en su casa fueran los más íntimos y felices. Y así actuaban. Un día se quedaba uno. Una noche otra. Y así una jornada y otra más.

Un día el reloj de cuerda del chaleco del abuelo se paró en seco y con él su vida. No se supo cómo. Ambas maquinarias se dirían estaban sincronizadas. No hubo golpes de pecho ni lágrimas.

Sólo le recordaron como un hombre justo y bueno. Nada más.

EL AZAR

Un día un hombre joven descubrió el amor en el riachuelo de un gran bosque, mientras iba de paso al gran rodeo de Texas.

Allí, estaba ella, bañándose entre tules, una de las Tres Gracias de Boticelli. Ella era la elegancia y el juego. Rozaba su cuerpo apenas con los aceites que llevaba y el agua jugaba entre sus manos. Luego se zambullía en las profundidades, cual sirena, y volvía a la superficie empapada, pegada la suave gasa a todo el cuerpo, casi perfecto. Entonces parecía una diosa griega, una escultura del Olimpo.

Después de los instantes gozosos del admirador, la dama salió del agua y se vistió entonando suaves cánticos en un idioma desconocido para él. Esto desconcertó al muchacho, aunque bien pensado, era normal en aquellas tierras. No cabía duda, por su forma de vestir y de hablar parecía una princesa extranjera, seguramente europea —pensó él.

Más allá de los límites del lago le esperaba una lujosa embarcación, parecida en forma y tamaño a los barcos árabes del Golfo Pérsico.

El hombre preguntó a la vecindad de dónde era la familia de la casa de los árabes. Sólo obtuvieron la callada por respuesta. Todo era un alto secreto de Estado y no querían revelar sus orígenes por temor a secuestros u otras maldades humanas.

Él decidió seguirla hasta el fin del mundo, pues se había enamorado perdidamente de su belleza, aunque no hubiese cruzado ni una palabra con ella. Tenía la mirada inteligente y el verbo fácil, cualidades muy apreciadas en una mujer por él.

Bien es cierto que ella lo desconocía por completo, pero ya había trazado una estrategia para seducirla.

Se engalanó como un caballero de la nobleza y fue a caballo a las propiedades de los extranjeros, presentado los frutos obtenidos con su esfuerzo, los cuales eran un barril de petróleo, unas espigas de trigo y algunas cañas de azúcar.

Llegó a casa de la princesa, hija del rey de aquel país de Oriente. Solicitó audiencia real y se presentó como el nuevo caballero-vaquero de los Estados Unidos de América. Esta nominación sorprendió mucho a los reyes, quienes preguntaron a dúo porqué “se presentaba el nuevo caballero-vaquero de los Estados Unidos de América”.

Él les respondió muy locuazmente:

—Verán Vds, vaquero soy porque tengo un rancho con ganado en Texas hacia donde me dirigía. Caballero por mi trato hacia los más débiles. El petróleo también es importante, aunque no lo es todo, hermanos. Tengo un pozo cerca de mi hacienda bastante importante ahora, bien diría que no lo será tanto en el futuro ni lo debe llegar a ser. Hay que buscar energías alternativas. Acabar de una vez con las luchas fratricidas por su dominio. Es una pérdida de vidas humanas, tiempo y dinero. ¿No creen Vds?

»Lo más importante que tengo en mi campo son estas espigas de trigo y la caña de azúcar. Ellas son las semillas que alimentan a la humanidad y los terrones que nos endulzan la vida. Y algo más.

»Sin trigo, pan, agua, azúcar, el planeta iría al caos más absoluto. El hambre se extendería como una epidemia por todo el mundo. De hecho, ya hay hambre en el mundo, aún a pesar de todas las tecnologías de última generación y los coches más potentes que existen.

»¡Hay hambre en muchos países pobres! ¡Hay hambre en África, todavía dormida, pero no por mucho tiempo! En fin, qué más les puedo decir.

»Yo sólo les pido que hagan algo por el hambre en el mundo, como poderosos que son, antes que sus nombres no sean nada más que polvo escrito en el viento”.

Esto dijo el caballero-vaquero a los Reyes del país de Oriente.

La princesa había estado escuchando el discurso del muchacho. Enseguida se sintió atraída por su carácter, su generosidad y su amor. Le salió al camino con su yegua alazana y le dijo:

—Tenéis razón en las palabras que habéis pronunciado ante mis padres. Yo también las escuché tras los visillos. Habéis de saber que me cautivó desde el principio vuestra forma de ser y vuestros sentimientos nobles hacia los pobres del mundo. Yo, siendo princesa y teniéndolo todo, a veces me siento la mujer más pobre de la tierra, porque desconozco el amor verdadero. Tuve algunos pretendientes pero me traicionaron. Pisaron mis ideales. Los repudí. No merecían ni una sola lágrima de mis ojos. Sin embargo, contigo he sentido la atracción del amor. ¿Querréis acompañarme hacia mi lejana tierra, caballero...?

El caballero-vaquero respondió a la princesa así:

—Aunque yo también creo que os amo y se alegra mi corazón al encontrar un corazón que comparta

los mismos ideales, no puedo olvidar que esta es mi tierra y tengo que sembrar la semilla del amor en ella para que florezca segura, sin alimañas. Hacen faltan muchos guerreros en muchos frentes para combatir la podredumbre y la miseria. Y el tiempo me ha dejado en este espacio. Y Vd., majestad en el suyo. Vd. luchará como princesa-guerrera en su país natal yo lo haré como caballero-vaquero en este escenario. Nuestro amor será más grande cada día. Y nunca tendrá fin. Nos veremos pronto princesa en algún acontecimiento mundial sobre la opresión en el mundo. Y si no, siempre está la forma más segura de encontrarse: viajar y conocerse.

La princesa respondió:

—Sí, algún día no habrá para nosotros obstáculos entre el sol y la luna, entre el cielo y el mar. Nuestras almas se encontrarán en un punto luminoso del Universo y brillaremos con luz propia.”

Cuando hubo acabado de hablar el cometa Halley estaba pasando.

EL HOMBRE EQUIS

El hombre equis transportaba el andamio equilibrando las fuerzas de su cuerpo con el objeto. Llevaba un mono azul y un pañuelo blanco ajustado a la cabeza. Parecía un penitente.

De repente sonó el móvil de alguien en el ambiente. Quizá fuera el suyo, pensó. Sí, lo era.

Lo llamaban de otra empresa constructora. Pudiera ser que al final se hiciera funambulista y las alturas le invadieran la cabeza —pensó.

Los pájaros llenaban su magín de serrín y no podía cavilar. Sólo caminaba entre aceras vacías de gente y repletas de sangre de inocentes caídos por hierros asesinos. El grito de la multitud sonaba en la distancia. Un pato fue asesinado por una niña a miles de kilómetros de allí.

Sin embargo, su sangre no se había derramado en vano. Serviría a otros patos para que obedecieran las órdenes de sus amas y no evacuaran más en dormitorios cerrados por el espanto. ¡Pobres patos! ¡Pobres armas del odio de los humanos! ¡Descansen en paz sus plumas y todos sus huesecitos! Amén.

Mientras todo esto ocurría pensaba en la conversión insulsa de la secretaria del piso de al lado. Al final exclamaba “Jesusito” a todos los estornudos de los trabajadores de la planta. Estaban tan unidos como una piña, de manera que si uno bostezaba, lo

hacían los demás. Toda una pasión de ritmos.

—Hola, chata, ¿qué tal estás? Recibí tu mensaje. No puedo el día señalado. Otro quizás sí ¿Qué tal te va por Sevilla? Hace tiempo que no nos vemos. A ver si nos desplazamos y intercambiamos saludos y besos. Adiós, adiós, querida. Besitos a todos.

La secretaría hablaba con una amiga íntima de toda la vida por teléfono y todos los empleados se enteraron de la conversación, era tanto el énfasis que ponía en la conversación...

Todos estos momentos percibía el hombre equis, enfundado en su mono azul claro, decorado con pegotes de yeso y cemento. Parecía que tenía una antena telescópica en sus oídos. Todo lo escuchaba, hasta el más leve chirrido de una puerta.

Sin embargo, ahora se preguntaba quién era él mismo, qué hacía en aquel preciso momento, dónde estaba... Y lo que más le preocupaba “¿por qué veía inocentes sangrando en las aceras, patos asesinados y secretarías habladoras?”

No encontraba solución a sus enigmas y decidió meterlos en distintas botellas y lanzarlos a los diferentes océanos para que le dieran las respuestas más acertadas.

Uno llegó a Oceanía, a los mismísimos bigotes de una foca, aquel que decía: “¿por qué veía inocentes sangrando por las aceras, patos asesinados y secretarías habladoras?” La foca contestó: “la misma equis tuya de acero hace sangrar a los inocentes, los patos asesinados son víctimas de ignorantes arrepentidos y las secretarías habladoras no pueden evitar serlo”.

La primera cuestión “¿Quién era el mismo?” Llegó flotando hasta las costas del Mar Mediterráneo. La cogió un bañista despistado inglés de la Costa Brava. Y así le contestó. “Tú serás quién quiera que

seas, sin importar raza, sexo, religión, o cualquier otra cuestión. Depende de ti mismo. Bye”.

La segunda pregunta “¿Qué hacía en aquel preciso momento?” Llego hasta la Antártida, concretamente la recogió un león de mar. Éste le contestó así: “Querido humano, vosotros, tenéis la capacidad de hacer cualquier cosa en cualquier momento que os propongáis, desde proteger el planeta hasta destruirlo en un instante. No digo más. Queda claro”.

La última cuestión “¿Dónde estaba?” Le llegó a la isla desierta de Robinson Crusoe, que a su vez contestó así: “Estimado compañero equis, eso mismo me preguntaba yo cuando llegué aquí y todavía no sé donde estoy geográficamente, si es eso a lo que te refieres. No te preocupes, lo importante no la ubicación espacial sino mental. Tienes que situarte mentalmente en el espacio que ocupas para identificarte con ese espacio. ¿Te queda claro, compañero? Espero que hayan servido de ayuda mis palabras”.

El hombre equis se fue caminando y pensando todas las respuestas, todas las preguntas, al gran enigma del ser humano y su Universo.